

## El último minero

ASENSIO SAEZ

NO temo equivocarme al afirmar que la procesión del Cristo de los Mineros constituye por ahora el último signo de identidad vigente de La Unión.

Bamboleante en un nuevo trono que sólo podrá ser lucido en su «primera fase» —la bolsa no dio para más—, la portentosa escultura del Crucificado unionense, tallada en los albores del presente siglo por el valenciano Jerique, vuelve este año a enfrentarse a la escenografía de las minas clausuradas, diorama gigantesco de los montes cubiertos por un manto de silencio, deprimente orografía sobre cuya piel los artilugios mineros, una vez desprovistos de su ejercicio funcional, se convierten en piezas de museo.

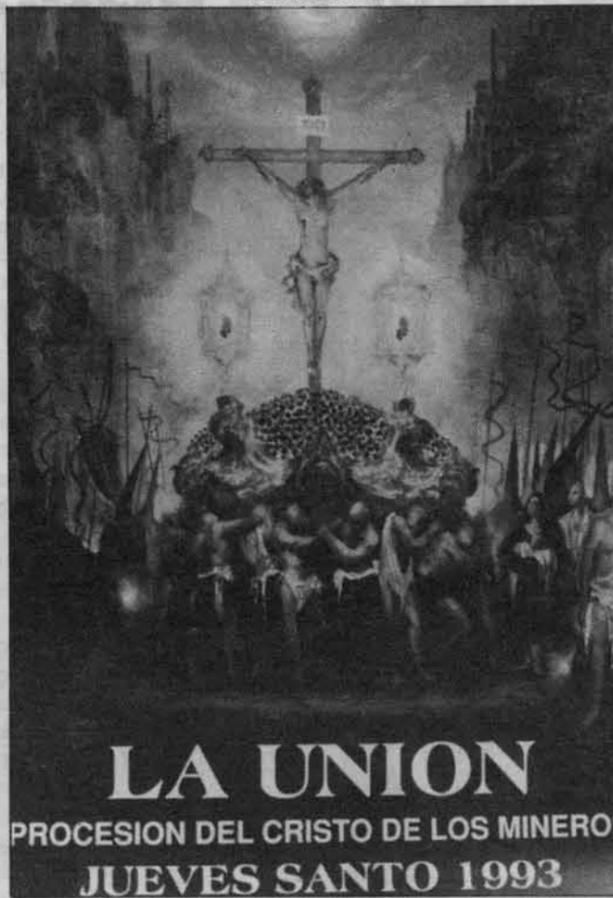
Terco en su andadura callejera, dando cara al paisaje de la sierra y alumbrado por los típicos carburadores, la impresionante imagen de este «Minero Mayor», tantas veces piropeado por troveros y «cantaos», viene a constituir, hoy por hoy, un patético símbolo de lo que La Unión fue y no es, puro y descarnado emblema, el último minero, en suma, «compañero» de aquellos que ya le han dicho adiós a la mina. ¿Vale recordar aquella popular saeta que centraba la liturgia de la primera «misa minera»? Dejarme que coja al Cristo con mis brazos de minero, que en cuanto nos hemos visto me ha llamado compañero.

Otra copla que Pemán le escribió a La Unión —no hay que insistir en que en tierra de coplas andamos— terminaba con los versos que siguen: ...Las minas del corazón nadie saben dónde están.

No sospechaba entonces el escritor gaditano que, con el tiempo, las únicas que iban a quedarle a La Unión iban a ser sólo las minas del corazón, porque las otras, ay, ya no cuentan en su historia.

Gente creyente y menos creyente que desde hace muchos años no falta a la cita procesional de Jueves Santo, gente que, según la prosa suculenta de Castillo-Puche, «tuvo, tiene o no deja de tener, aunque sólo sea por la vía de la nostalgia, algo que ver con el mundo del barreno», acompañará al Cristo en su andadura por las calles de La Unión.

Mire usted —me decía alguien un Jueves Santo, a la salida del Cristo de su templo—, yo a la iglesia vengo poco, pero cuando el Cristo de los Mineros pasa junto a mí cada Jueves Santo, no me avergüenzo de decir que se me nublan los ojos y que un nudo, así como de recia maroma, me aprieta la garganta. A mi aire, aprovecho ese momento para pedir



Cartel oficial del Cristo de los Mineros, original del pintor Paco Cánovas. / LA VERDAD

cuanto necesito, sin despegar los labios. Es lo que yo me digo, ¿sabe usted?: que para establecer una conversación con Dios no se necesitan palabras.

He aquí una fórmula válida para salir al encuentro del Padre, al menos una preparación remota para abrirle brecha al don de la fe verdadera. Peor para él que, ofuscado por sutilezas teológicas, no lo entienda así.

Como consolación de sus soledades, otros hermosos pasos procesionales acompañan al Cristo en su andadura, entre ellos el de San Juan Evangelista, que estrenará ocho cartelas y una hermosa corona. Después de copiosos años durmiendo, como el arpa becqueriana, el sueño de los justos entre la naftalina del arca, túnicas y capirotos, estandartes y ornamentos procesionales colaboran a componer la plástica colorista del actual cortejo, si desprovisto éste del lujo y el boato de otras lejanas ocasiones por aquello de que no anda el horno para magdalenas ni para alegres dispendios el bolsillo, sí al menos dotado de la suficiente dignidad estética para obtener la correspondiente aprobación del ojo espectador. No olvida así La Unión su brillante vocación semanastera, puede decirse que nacida a la par de la ciudad. Nadie errará al asegurar que la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, con el título de Real concedido en 1862 por Isabel II, viene a resultar, a la postre, una de las más antiguas instituciones unionenses.

Ahora, cuando la mina constituye un capítulo cerrado en el currículum ciudadano, el Cristo de los Mineros, pisando una vez más su paisaje, vuelve a levantar sin duda aquel escalofrío emocional de toda una ciudad que para ser minera nació, que por la mina tomó cuerpo un día y que, cualquiera que sea su nuevo destino, no va a dejar de soñar en una posible recuperación minera, a sabiendas de que, bajo la corteza de sus montes, la sierra, tantas veces expoliada por la ambición de los hombres, continúa aún custodiando parte considerable de su apetitoso tesoro.

En esta ocasión, dadas las circunstancias que sobre La Unión gravitan, el paso del Cristo de los Mineros —todo un importante símbolo— arrastrará tras de sí parte de la vieja historia ciudadana, la memoria de un pasado hoy vencido por los malos hados: «Partidarios», pozos, galerías, explotación del hombre por el hombre, esplendores, coplas, muertes... Perdedores de aquel destino al que tienen derecho y que la crisis minera les niega, unos hombres amenazados por un futuro incierto, se integrarán en las filas de la procesión o, simplemente, presenciarán su paso, abatidos ante el temor de ser despojados de aquel precioso don, último asidero al que aferrarse, que es la esperanza. En esta ocasión no sólo será el Cristo el que presente el corazón atravesado por el lanzazo de Longinos.

## El Cristo de los Mineros

PACO ICARO

NO hay mejor balcón para verlo pasar que el del sentimiento y la nostalgia. Con una saeta cantada de fondo, no hay Cristo que se le compare. ¡Señor de furias, plegarias y penas!

A los infantes de los cincuenta/sesenta, nos ocurría como a los injertos si se plantan fuera de estación: ¡que hacíamos sentimiento en la noche del Jueves Santo! Y sanábamos escribiendo poemas místicos, fortalecidos con cucharadas de aceite de hígado de bacalao. Eramos los desclasados. Porque el hecho de «estudiar» o «pasar los libros» en el seno de un barrio minero, producía rechazo de parte de los otros niños, preocupados por aliviar la miseria familiar, con la madre viuda o el padre asfixiándose en la cama, víctima de la silicosis, y un montón de hermanos comiéndose los mocos.

En la calle Real, la procesión de los mineros era trágica. La larga avenida a oscuras parecía una boca de lobo poblada de cientos de sombras expectantes que acudían de los barrios marginales. Los que desfilaban con el carburo en la mano, la ropa raída y el rostro famélico, eran nuestros vecinos. Los padres de mis amigos llevaban en la frente la fecha de su cercana muerte. Aquellas hileras de condenados hacían más patente su desamparo. Cuando las madres y las esposas se arrodillaban al paso del trono del Cristo desnudo yo sentía un nudo en el estómago y me preguntaba por qué El era más grande. Alguien me dijo después que el Cristo era un minero más, otra víctima de la injusticia que algunos usaban en beneficio propio.

Con el transcurso de los años, el sentido de esta procesión ha corrido paralelo a las vicisitudes de la mina. Sin embargo, el cierre de la actividad minera ha coincidido con el resurgimiento, en todo su esplendor, de una procesión distinta pero que conserva toda la

emotividad que nace de la añoranza.

Si el restablecimiento de lo tradicional es decisivo para alentar el futuro de un pueblo, este mérito le corresponde a la asociación cultural que preside Eugenio Faraco. Gracias a ella, la procesión del Cristo de los Mineros ha recuperado la dignidad que antaño tuvo.

La presencia de la mina forma parte de la conciencia colectiva y es lo que hace que el Jueves Santo de La Unión sea distinto a cualquier otro.

La mina es como un dolor del que los unionenses huyen y, sin embargo, anhelan. Entre mascar la tierra separada a golpe de pico o digerir la amargura de la desesperanza, este pueblo apuesta siempre por la sangre, el sudor y el plomo que dieron pan y muerte a sus padres.

Del asombro de la plata recién descubierta al rostro contraído por el dolor del Cristo Crucificado, sólo hay, a veces, un breve paréntesis de espanto marcado por una roca que se desprende y mata. Es el del minero un linaje atormentado. La mina ha sido siempre altar de sacrificios donde cada día, cada año, el Cristo, más hombre que dios, bajaba de su cruz, se calzaba las sandalias de esparto, cogía el trapo, y se marchaba de madrugada, con la luz del carburo, sierra arriba, para ser inmolado al becerro de oro de los patronos. Con carne de los hombres más valientes se pagaba el tributo y se renovaba, así, el pacto sagrado con la tierra.

Por eso, en este Jueves Santo sin trabajo, cuando en las montañas desnudas sólo habitan los lagartos y el Cristo llora sobre su pasado, los últimos mineros en paro claman el pan de aquella alianza con el mismo ruego de sus antepasados: ¡Dios, que venga, si ha de venir, la muerte; pero que nos coja trabajando! En La Unión es una Semana de Pasión que dura todo el año.

COMERCIAL

M &amp; F

INFORMATICA

ORDENADORES  
IMPRESORAS  
FOTOCOPIADORAS - FAX  
MOBILIARIO DE OFICINA  
CONSUMIBLES  
GAMA TECNICA

Distribuidor de Zona **IDX**®Punto de Venta Autorizado: **FUJITSU****stair**® **Nashua**Avda. Juan Carlos I, 68 - bajo  
Tel. y Fax: (968) 461610  
30800 LORCA (Murcia)

## Industria de Hilaturas Reunidas, S. Coop, L.

(REG. Coop. MU-41)

Camino de la Fuente, 19

Teléfono 76 06 56. CIEZA (Murcia)

Fábrica de hilaturas mecánicas de esparto  
y fabricación de limpiabarros

Especialidad en fabricación de broza cocida de carda para  
escayola y blanqueada para estropajos